

por esa voluntad de autoconstitución política. La segunda definición, que Canovan llama "romántica" (2005: 48), concibe al pueblo como una entidad que existe en el presente porque se ha constituido de manera orgánica en el pasado. Desde esta visión, el pueblo es un ente orgánico que debe preservar su autenticidad y totalidad.<sup>55</sup>

En ambos casos, el mito populista narra un daño al pueblo ocurrido en el pasado. Sin embargo, en los mitos orientados al futuro el pueblo se presenta como una entidad cuyos límites no están fijados de antemano, mientras que en los orientados al pasado el pueblo debe ser sobre todo protegido de la contaminación, para retornarlo a una conformación "auténtica" lo más parecida posible a la originaria. Esta diferencia resulta fundamental en la medida en que se traduce, al fin de cuentas, en diferentes tipos de políticas públicas.

55 "Los nacionalistas románticos gustan de pensar que sus pueblos forman parte del orden de la naturaleza, creciendo y madurando en un proceso orgánico de desarrollo histórico, mientras que los republicanos clásicos siempre han sido de la opinión de que un pueblo de ciudadanos no es para nada un ente constituido de manera orgánica, no más que la ciudad que lo alberga. Las ciudades deben ser construidas, y lo mismo sucede (según las tradiciones republicanas) con los pueblos, usualmente por algún fundador o legislador heroico [...] para la imaginación republicana, el pueblo es un producto de la voluntad política" (Canovan, 2005: 48; traducción propia).

### 3. El populismo sudamericano

Mi sacrificio los mantendrá unidos y mi nombre será su bandera de lucha. Cada gota de mi sangre será una llama inmortal en su conciencia y mantendrá la vibración sagrada para resistir. Al odio respondo con perdón. Y a los que piensan que me derrotan respondo con mi victoria. Era un esclavo del pueblo y hoy me libero para la vida eterna. Pero este pueblo, de quien fui esclavo, no será más esclavo de nadie.

GETÚLIO VARGAS

Desde 1998 hasta 2015 el populismo fue el protagonista del llamado "giro a la izquierda" de Sudamérica y constituyó el foco en todos los análisis de la política de la región. Esta fase (que en los años finales de la década de 2010 parece estar definitivamente concluida) comenzó en 1998, cuando Hugo Chávez fue elegido presidente de Venezuela, y luego siguió con las victorias de Néstor Kirchner en 2003, Evo Morales en 2005, Rafael Correa en 2006 y Fernando Lugo en 2008.<sup>56</sup> En 2003 Néstor Kirchner, gobernador peronista, llegó

56 El giro a la izquierda de América Latina estuvo liderado en los distintos países por dos tipos de organizaciones políticas: movimientos populistas y partidos de izquierda. Mientras que los primeros fueron dependientes de un liderazgo personalista y carismático y actuaron con pocas mediaciones partidarias institucionalizadas, los segundos tuvieron como agentes a partidos institucionalizados, no personalistas, programáticos y alternaron líderes distintos en la presidencia. Mientras que Chávez, ambos Kirchner, Morales y Correa

a la presidencia en una atípica elección en la que su partido fue dividido en tres y él se ubicó a la izquierda de Carlos Menem. A pesar de la fragilidad electoral de origen (Kirchner asumió con el 22% de los votos), su espacio, el Frente para la Victoria, resultó ganador en la nación y en la crítica provincia de Buenos Aires en las elecciones de medio término de 2005; así, Kirchner logró terminar con el liderazgo de Eduardo Duhalde. Primero él y luego Cristina Fernández de Kirchner gobernarían en total por doce años. En 2005 fue elegido por amplia mayoría en Bolivia el dirigente sindical cocalero y líder del Movimiento al Socialismo (MAS) Evo Morales. En la elección siguiente, el gobierno de Morales fue reelegido por un porcentaje récord de ciudadanos. En 2006 Rafael Correa, economista, académico y exministro ecuatoriano que había adquirido visibilidad pública como dirigente de la sociedad civil en las protestas contra el gobierno de Lucio Gutiérrez, fue elegido presidente en Ecuador. Tan reciente era su espacio político que Correa no presentó candidatos propios para el Congreso y asumió sin bancada que lo apoyase; sin embargo, en las elecciones para la Convención Constituyente de 2007 obtuvo un amplio respaldo en las urnas. En el año 2008

pertenerían a la primera categoría, el Partido Socialista chileno, el PT brasileño y el Frente Amplio uruguayo se ubicarían en la segunda (Levitsky y Roberts, 2011: 13). Siguiendo esta distinción, este libro excluye del análisis los liderazgos de Lula da Silva, Ricardo Lagos o Michelle Bachelet, José Mujica o Tabaré Vázquez. Sin duda, la distinción entre movimientos populistas e izquierdas centradas en partidos es importante. Sin embargo, hay que dejar en claro que, retrospectivamente, la diferenciación entre "populistas" y "partidarios" tiene casi más excepciones que casos que confirman la regla. El PT brasileño se mostró más dependiente del liderazgo de Lula de lo que muchos pensaban y el socialismo chileno no pudo construir ninguna alternativa presidencial atractiva por fuera de la dupla Lagos-Bachelet (eso sin mencionar que los Kirchner en la Argentina nunca rompieron con el Partido Justicialista). Más central aún: los sectores de la derecha no consideraron "más aceptable" el liderazgo de Lula da Silva que el de Fernando Lugo por ser partidario, como queda demostrado con el juicio político a Dilma Rousseff, la prisión arbitraria al expresidente Lula y el ascenso de Jair Bolsonaro.

el obispo católico Fernando Lugo fue elegido presidente de Paraguay. Sin embargo, y a diferencia de los demás mandatarios sudamericanos, no pudo consolidar su liderazgo y fue depuesto en 2012 a través de un *impeachment* parlamentario de dudosa legalidad y aún menor legitimidad.

Este hecho puso punto final a la fase ascendente de los populismos de izquierda en Sudamérica, y dio comienzo a un ciclo descendente. En 2013 falleció el presidente Hugo Chávez y el chavismo venezolano inició su transición hacia un régimen más abiertamente autoritario. Evo Morales perdió un referéndum en 2016 en el cual se decidía si podía presentarse otra vez a reelección para un cuarto mandato. En la Argentina, el Frente para la Victoria fue derrotado en 2015 por Cambiemos, con Mauricio Macri como candidato. Rafael Correa logró imponer en las urnas a su delfín, Lenín Moreno, pero este rompió prestamente con su mentor y giró hacia la centroderecha. En un golpe durísimo para las centroizquierdas de la región, en Brasil la presidenta Dilma Rousseff fue depuesta en 2016 mediante un *impeachment* parlamentario, bajo el molde ya probado en Paraguay. Por voto popular se eligieron presidentes de derecha en Perú, en 2016, y en Chile, en 2017. En abril de 2018, el expresidente brasileño Lula da Silva fue encarcelado por acusaciones de corrupción mediante un proceso judicial extraordinariamente prejuicioso y político.

Poco antes del fin de la segunda década del siglo XXI, la región parece virar hacia la derecha.<sup>57</sup> Es tentador decretar

57 El triunfo de Andrés Manuel López Obrador en México en 2018, quien ganó con una ambiciosa agenda de reformas y promesas de lucha anticorrupción, podría señalar una nueva oscilación del péndulo en la región hacia la izquierda. Es demasiado temprano para saberlo, sin embargo, por dos razones. Primero, la coalición de AMLO y su programa de campaña son muy amplios e inespecíficos, lo que hace difícil anticipar cómo gobernará; segundo, el liderazgo de su gobierno en la región bien podría balancearse con el del ultraderechista Bolsonaro en Brasil, también electo en 2018.

el fracaso del populismo de izquierda y presumir su muerte definitiva en Sudamérica. Pero aun cuando retrospectivamente podamos señalar las causas de su agotamiento, su simple resiliencia y capacidad de perdurar una década y media no deja de ser sorprendente. A pesar de que al asumir el poder, muchos de sus críticos auguraban que serían rápidamente depuestos,<sup>58</sup> estos gobiernos, con excepción del de Fernando Lugo, mostraron iniciativa, lograron cumplir sus mandatos y gobernar por períodos prolongados, algo nada fácil en América Latina. Todos los gobiernos populistas enfrentaron amenazas claras a la estabilidad en sus primeros años de función, y las superaron con éxito. Todos pudieron fortalecer sus bases electorales (salvo Fernando Lugo, por supuesto; volveremos sobre esto). Cuando se presentaron a elecciones, fueron reelegidos por márgenes que, en muchos casos, resultaron récords.

Incluso en sus momentos finales, estos gobiernos se mostraron resistentes. Tras encabezar por doce años el ciclo de gobierno más largo de la historia argentina del siglo XX, el kirchnerismo perdió en segunda vuelta solo por dos puntos; el peronismo conservó la mayoría de la Cámara de Senadores y de las gobernaciones provinciales. Evo Morales anunció que forzaría su candidatura a presidente y Rafael Correa impuso a su vicepresidente en el balotaje de 2017, cuando las encuestas le eran esquivas. La supervivencia del chavismo en Venezuela es sorprendente, dado el derrumbe de los precios del petróleo, la muerte del único líder carismático con el que contaba, la mala performance económica que ya lleva décadas, su adopción de una estrategia cada vez más represiva y el ascenso de la oposición política.

58 Al conocerse que el próximo presidente de la Argentina sería Néstor Kirchner, José Claudio Escribano, reconocido analista político del diario *La Nación*, escribió en una recordada nota de opinión: "La Argentina ha elegido darse gobierno por un año". El kirchnerismo gobernó doce años.

Esta resiliencia del populismo sudamericano, cuyas raíces sus críticos no logran explicar, nos obliga a ser prudentes ante la tentación de decretar su desaparición definitiva. Esta ola puede haber pasado; muy probablemente vendrán otras. De hecho, los gobiernos de derecha que los sucedieron viven una aparente paradoja: llegaron al poder mediante medios legítimos o, al menos, legales, pero sus lazos con las mayorías populares parecen ser menos sólidos que los que lograron los gobiernos populistas de izquierda en su mejor momento. Ni Mauricio Macri, ni Pedro Kuczynski ni Sebastián Piñera ganaron en primera vuelta (Macri y Kuczynski se impusieron en el balotaje luego de perder en primera vuelta). El presidente de Perú tuvo que renunciar antes que ser sometido a *impeachment*, luego de un año de gobierno en que las encuestas le otorgaban menos del 10% de aprobación. El expresidente de Brasil Michel Temer ascendió gracias a la destitución parlamentaria de Dilma Rousseff y mantuvo durante su gobierno niveles muy bajos de apoyo. Horacio Cartes, sucesor de Lugo, tampoco fue un presidente popular. Mauricio Macri parece el más exitoso de todo el bloque, ya que su partido derrotó al peronismo en 2015 y en las elecciones legislativas de 2017. Sin embargo, Cristina Fernández de Kirchner, aún con menos adhesión de la que tenía en 2015, se mantuvo como la opositora con mayor intención de voto; los intentos de las figuras "no populistas" dentro del peronismo de constituirse como alternativas no han despertado mucho entusiasmo.

¿Cuáles son, entonces, las causas de esta particular resiliencia de los liderazgos populistas? Se trata de un fenómeno complejo que no puede explicarse solo con una variable: en ella confluyen, entre otras, cuestiones del contexto internacional (que determina, por ejemplo, el precio de los productos exportables de la región), la elección de políticas públicas (redistributivas o neoliberales) y el sistema de partidos (si el líder populista asume en un contexto de colapso partidario generalizado, por lo que el liderazgo cuenta con mayores grados de libertad, como pasó, por caso, con Hugo Chávez.

Sin negar la importancia de los factores internacionales, de políticas públicas o del sistema de partidos, en las páginas que siguen nos concentraremos en una de esas variables: el mito populista como género discursivo. Dos razones motivan nuestro interés: en primer lugar, porque sostenemos que lo discursivo no es menos importante que las políticas públicas o el estado de la economía; de hecho, las medidas económicas solo adquieren sentido dentro de un esquema discursivo que las explica, las interpreta y las legitima de cara a sus seguidores.

Segundo, para echar luz sobre un aspecto poco estudiado: la imposibilidad de mantener la dicotomía entre partidos políticos programáticamente ideológicos, por un lado, y populismos sin ideología clara, por el otro.<sup>59</sup> La consistencia en el uso del mito populista por parte de todos los presidentes sudamericanos nos alerta de que *los populismos también tienen su propio discurso ideológico, pero lo expresan utilizando el género mítico, no la proclama programática*. Este hecho es poco comprendido pero resulta central para entender el ascenso del populismo en todo el mundo. Hugo Chávez, Rafael Correa, Néstor y Cristina Kirchner, Evo Morales, todos ellos utilizaron el mito populista para cumplir con tres tareas necesarias para su supervivencia política: explicar a sus audiencias quién “tenía la culpa” de las crisis socioeconómicas que sacudieron a la región latinoamericana en el cambio de siglo; persuadirlos de que, en un contexto de destrucción de lealtades partidarias y crisis de los partidos, ellos resultaban los “redentores” que la hora demandaba, y crear una identidad política compartida que pudiera constituir la base para un movimiento.

59 Es usual contraponer el carácter ideológico y universalista de los partidos programáticos al carácter ideológicamente amorfo y exclusivamente personalista o clientelar de los populismos. Por ejemplo, Kitschelt, Hawkins y otros contraponen los partidos programáticos latinoamericanos a los populistas, que dependen de “apelaciones puramente emocionales a símbolos, de identificaciones grupales o del carisma de su candidato/a” para ganar (Kitschelt y otros, 2010: 3; traducción propia).

Esta elección estratégica resultó exitosa, dadas las circunstancias; en particular, el hecho de que todos llegaron al poder sin un partido sólido preexistente en el que apoyarse. Gran parte del análisis y el comentario político de la época se concentró en pedir “moderación” al discurso de esos líderes. Sin embargo, es dudoso que esa moderación (se defina esta como se defina) hubiese resultado una estrategia igual de exitosa, dado que todos ellos llegaron al poder en el marco de crisis económicas, con altísimos grados de insatisfacción social y sin partidos políticos que los apoyaran de manera orgánica. La hipótesis de este capítulo es que *la radicalización discursiva, no la moderación, fue la estrategia más efectiva para mantenerse en el poder*. De hecho, analizaremos un contracaso, el de Fernando Lugo en Paraguay, que parece probar que la moderación y el énfasis en un discurso más tecnocrático no se correlacionaron con una mayor resiliencia política sino todo lo contrario.

#### LA OLA DE POPULISMO DE IZQUIERDA SUDAMERICANO DE PRINCIPIOS DE SIGLO

Los gobiernos de Hugo Chávez, Néstor Kirchner, Evo Morales, Rafael Correa y Fernando Lugo tuvieron varias cosas en común. Todos llegaron al poder en el contexto de las crisis económicas, sociales y políticas asociadas al agotamiento del ciclo neoliberal que se impuso en la región en los años noventa. Los cuatro accedieron a la presidencia por la vía electoral democrática, algo relevante ya que en algunos de estos casos implicó un cambio de estrategia para los movimientos de izquierda que, en décadas anteriores, habían apostado a cambios sistémicos por vía revolucionaria. Una vez en el poder, todos privilegiaron una mayor intervención del Estado en la economía y la sociedad. Políticamente, buscaron limitar el poder de los partidos tradicionales y favorecieron formas más fluidas y directas de movilización de

la sociedad civil; sin embargo, con el paso del tiempo todos establecieron o trataron de establecer sus propias formas de institucionalización partidaria.

Asumieron el poder enfrentando a intensísimas oposiciones que, en la mayoría de los casos, les negaban su legitimidad de origen. También, en todos los casos, enfrentaron amenazas a la gobernabilidad: el golpe de Estado contra Hugo Chávez en 2002, el intento de secesión de las provincias del este boliviano en 2006, la huelga de productores agropecuarios con cortes de rutas durante tres meses en 2008 en la Argentina, el secuestro por varias horas de Rafael Correa en 2009. Sin embargo, la mayoría de estos presidentes logró sobrevivir a estos desafíos y consolidar su poder. Un análisis detallado de los discursos presidenciales permite obtener pistas para comprender estos resultados y demostrar que los presidentes que utilizaron un mito populista en su versión más antagonista y dicotomizante fueron, paradójicamente, más efectivos en una tarea crucial: construir "un pueblo", un colectivo leal "en reserva", que sin embargo podía ser movilizado en apoyo al gobierno en caso de amenaza. Todos los populistas de izquierda de Sudamérica enfrentaron adversarios políticos fuertes; debieron gobernar en un clima político polarizado y con una oposición cerrada, que controlaba, en general, los medios de comunicación. En este contexto, los incentivos para moderar la retórica y hacerla más "institucionalista" parecen escasos.

Sin embargo, hay diferencias en los temas que cada mito realza, en la orientación hacia el futuro y el pasado, y en la construcción de la élite como adversario. A continuación, se analizarán los mitos populistas narrados por Hugo Chávez, Evo Morales, Néstor y Cristina Kirchner y Fernando Lugo.<sup>60</sup>

<sup>60</sup> Puede notarse que está ausente en este capítulo el gobierno de Rafael Correa. Por una cuestión de simetría en la extensión de los capítulos, decidí concentrarme en los casos de Chávez, Morales y los Kirchner, los cuales ofrecían algunos matices bien diferenciados (militarismo y "socialismo del siglo XXI", articulación con movimientos sociales,

#### EL POPULISMO DEL SIGLO XXI DE HUGO CHÁVEZ

Hugo Chávez fue el mejor exponente del arquetipo del "soldado patriótico" en la más reciente ola de populistas sudamericanos de izquierda. En este aspecto, y en el mito populista del que se valió, Chávez tuvo más puntos de contacto con los populistas clásicos de los años de posguerra (Perón, por ejemplo) que con sus contemporáneos.

El ascenso de Chávez al poder no puede comprenderse sin el derrumbe del sistema de partidos venezolano, que fue el más estable de los bipartidismos sudamericanos luego del Pacto de Puntofijo en 1958. A partir de este acuerdo, los dos principales partidos venezolanos, Acción Democrática (AD) y Comité de Organización Política Electoral Independiente (Copei), se alternaron en el poder. A partir de los años noventa, este virtual cogobierno se vio fuertemente tensionado, ya que la sociedad venezolana comenzó a demostrar su fatiga hacia las políticas de austeridad neoliberal apoyadas por ambos partidos; este descrédito del bipartidismo aumentó luego de la represión gubernamental al llamado "Caracazo"<sup>61</sup> de 1989 (Roberts, 2003). En este marco de pérdida de legitimidad de los partidos tradicionales, y luego de haber intentado dar un golpe de Estado en 1992, Chávez ganó finalmente las elecciones presidenciales en 1998.

En 1999 reformó la Constitución (esta reforma fue la primera de un proceso que luego sería imitado por Bolivia y

relación con el peronismo), más el de Fernando Lugo como contrajemplo. Esto no significa que el mito populista de Alianza PAIS no sea interesante, por caso, por el decidido antagonismo contra la banca o la mezcla de populismo y lenguaje tecnocrático de Correa.

<sup>61</sup> El Caracazo consistió en una serie de protestas populares contra el paquete de medidas de austeridad decretado por el presidente de AD Carlos Andrés Pérez a inicios de 1989. Este paquete de shock contenía liberalizaciones, anuncios de aumentos de tarifas y congelamiento del empleo público, entre otras. Las protestas fueron reprimidas dejando un saldo oficial de 276 muertos, mientras fuentes de la sociedad civil sostienen que fueron muchas más las personas desaparecidas.

por Ecuador, pero no por la Argentina ni por Paraguay). La nueva Constitución "bolivariana" implementó una serie de medidas radicales que intentaban acercarse a lo que Chávez denominó el "socialismo del siglo XXI"; entre ellas, la posibilidad de reelección perpetua del presidente, un extenso catálogo de herramientas de democracia directa y referendos revocatorios para la mayoría de los cargos ejecutivos, incluida la presidencia.

La oposición venezolana nunca aceptó la legitimidad del régimen chavista y en 2002 dio su propio golpe de Estado, organizado por políticos opositores, la Cámara de Comercio y un sector de las fuerzas armadas, y contó con el apoyo simbólico de los Estados Unidos y del gobierno español, que se apresuraron a reconocer al gobierno de facto. Sin embargo, luego de cuarenta y ocho horas de incertidumbre, con Chávez en prisión, el golpe fracasó a causa de las fuertes protestas populares de apoyo al chavismo y porque mayoritariamente las fuerzas armadas se mantuvieron leales. Una vez en el poder y bajo la nueva Constitución, Chávez llevó adelante un ambicioso programa de reformas sociales, económicas y políticas. Gracias a los altos precios del petróleo en esta etapa, se expandió de manera significativa el gasto social mediante iniciativas como el Fondo para el Desarrollo Social y Económico del País (Fondespa), solventado con las ganancias de la compañía estatal Petróleos de Venezuela (PDVSA). La expansión del gasto público tuvo su pico en 2007; desde ese año, a partir del inicio de un ciclo descendente en los precios del petróleo, el Estado venezolano tuvo cada vez más dificultades para financiarse. La inflación comenzó a ser un problema grave, junto con la deficiente provisión de productos de primera necesidad, incluidos los alimentos. Sin embargo, hasta la elección presidencial de 2012, en un contexto inflacionario y con falta de alimentos, como leche o harina de maíz, el régimen pudo confirmar su legitimidad mediante el voto en elecciones limpias y competitivas.

Todo esto cambiaría luego de 2013 con la muerte de Chávez. El presidente nombró a Nicolás Maduro como su sucesor,

quien ganó de forma ajustada las elecciones presidenciales, pero la construcción de una hegemonía política no violenta quedó cada vez más lejos del horizonte del chavismo. Sin el carisma ni la capacidad de Chávez para renovar su coalición de apoyo, con Maduro la gestión de la economía empeoró aún más y el discurso pasó del mito populista a ser cada vez más abiertamente autoritario. Sin embargo, como veremos en el siguiente apartado, esta deriva ya estaba presente como posibilidad latente en el discurso de Chávez.

#### "EL DIABLO PRESIDENTE"

#### V LOS ADVERSARIOS DEL CHAVISMO

Con referencias directas a la ideología antiimperialista de los años sesenta y setenta, el discurso de Chávez fue sin duda el más antagonista, personalizado y nostálgico de todos los analizados, además del más afecto a utilizar metáforas de tipo militar.

De manera global, su principal adversario discursivo era el imperialismo norteamericano, al cual Chávez solía referirse como el "sistema hegemónico de dominación". En esto no era tan diferente de Morales o de los Kirchner; la principal diferencia, sin embargo, era la personalización extrema del antagonismo que Chávez prefería. Tanto Evo Morales como los Kirchner denunciaban procesos o sistemas impersonales del sistema internacional. Chávez, en cambio, acusaba directamente al entonces presidente George W. Bush utilizando su nombre y apellido o una variedad de apodos, de "Carlos Danger" a "el diablo", como hizo en un famoso discurso ante la Asamblea General de la ONU en 2006 que incluyó la imagen de Chávez persignándose y diciendo: "¡Aquí huele a azufre!".

La visión antiimperialista de Chávez incluía la mención a Israel como uno de los principales cómplices de los Estados

por Ecuador, pero no por la Argentina ni por Paraguay). La nueva Constitución "bolivariana" implementó una serie de medidas radicales que intentaban acercarse a lo que Chávez denominó el "socialismo del siglo XXI"; entre ellas, la posibilidad de reelección perpetua del presidente, un extenso catálogo de herramientas de democracia directa y referendos revocatorios para la mayoría de los cargos ejecutivos, incluida la presidencia.

La oposición venezolana nunca aceptó la legitimidad del régimen chavista y en 2002 dio su propio golpe de Estado, organizado por políticos opositores, la Cámara de Comercio y un sector de las fuerzas armadas, y contó con el apoyo simbólico de los Estados Unidos y del gobierno español, que se apresuraron a reconocer al gobierno de facto. Sin embargo, luego de cuarenta y ocho horas de incertidumbre, con Chávez en prisión, el golpe fracasó a causa de las fuertes protestas populares de apoyo al chavismo y porque mayoritariamente las fuerzas armadas se mantuvieron leales. Una vez en el poder y bajo la nueva Constitución, Chávez llevó adelante un ambicioso programa de reformas sociales, económicas y políticas. Gracias a los altos precios del petróleo en esta etapa, se expandió de manera significativa el gasto social mediante iniciativas como el Fondo para el Desarrollo Social y Económico del País (Fondespa), solventado con las ganancias de la compañía estatal Petróleos de Venezuela (PDVSA). La expansión del gasto público tuvo su pico en 2007; desde ese año, a partir del inicio de un ciclo descendente en los precios del petróleo, el Estado venezolano tuvo cada vez más dificultades para financiarse. La inflación comenzó a ser un problema grave, junto con la deficiente provisión de productos de primera necesidad, incluidos los alimentos. Sin embargo, hasta la elección presidencial de 2012, en un contexto inflacionario y con falta de alimentos, como leche o harina de maíz, el régimen pudo confirmar su legitimidad mediante el voto en elecciones limpias y competitivas.

Todo esto cambiaría luego de 2013 con la muerte de Chávez. El presidente nombró a Nicolás Maduro como su sucesor,

quien ganó de forma ajustada las elecciones presidenciales, pero la construcción de una hegemonía política no violenta quedó cada vez más lejos del horizonte del chavismo. Sin el carisma ni la capacidad de Chávez para renovar su coalición de apoyo, con Maduro la gestión de la economía empeoró aún más y el discurso pasó del mito populista a ser cada vez más abiertamente autoritario. Sin embargo, como veremos en el siguiente apartado, esta deriva ya estaba presente como posibilidad latente en el discurso de Chávez.

#### "EL DIABLO PRESIDENTE" Y LOS ADVERSARIOS DEL CHAVISMO

Con referencias directas a la ideología antiimperialista de los años sesenta y setenta, el discurso de Chávez fue sin duda el más antagonista, personalizado y nostálgico de todos los analizados, además del más afecto a utilizar metáforas de tipo militar.

De manera global, su principal adversario discursivo era el imperialismo norteamericano, al cual Chávez solía referirse como el "sistema hegemónico de dominación". En esto no era tan diferente de Morales o de los Kirchner; la principal diferencia, sin embargo, era la personalización extrema del antagonismo que Chávez prefería. Tanto Evo Morales como los Kirchner denunciaban procesos o sistemas impersonales del sistema internacional. Chávez, en cambio, acusaba directamente al entonces presidente George W. Bush utilizando su nombre y apellido o una variedad de apodos, de "Carlos Danger" a "el diablo", como hizo en un famoso discurso ante la Asamblea General de la ONU en 2006 que incluyó la imagen de Chávez persignándose y diciendo: "¡Aquí huele a azufre!".

La visión antiimperialista de Chávez incluía la mención a Israel como uno de los principales cómplices de los Estados

Unidos, un tema ausente en los discursos de los demás presidentes sudamericanos. También era propio su apoyo reiterado y explícito a los entonces líderes del mundo árabe como Muamar el Gadafi de Libia o Mahmoud Ahmadinejad de Irán. Esto tal vez se explique por la centralidad de la actividad petrolera en el país y por la participación venezolana en la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP), que seguramente pondría a Chávez en un contacto más permanente y cercano con los presidentes de esas naciones, pero representa un matiz muy notable.

La figura central, el eje al cual Chávez volvía una y otra vez, era el libertador Simón Bolívar. A él se suma el pensamiento de Noam Chomsky, la influencia de la Revolución cubana y en especial de Fidel Castro, el marxismo, los evangelios y el pensamiento anticolonial. De este modo, el discurso de Chávez, aunque relacionado con los de los demás populistas de la "ola rosa" sudamericana, es el más similar al de la "vieja" izquierda de la región, lo que le daba un carácter casi anacrónico. Por momentos el discurso chavista parecía más propio de los círculos antiimperialistas de los sesenta o setenta que de los estados posautoritarios de la tercera ola.

En cuanto al traïdor interno, los cómplices venezolanos de "el imperio" se mencionaban de manera menos personalizada que las referencias a Bush; aun así, Chávez hablaba de "la oligarquía venezolana" y se refería a los políticos tradicionales como "los escualidos".<sup>62</sup> En su programa de televisión solía llamar a dueños de comercios o de bancos, cuyas actividades eran caracterizadas como antipopulares; en ocasiones, los expropiaba ante las cámaras.

Hugo Chávez fue muy ambicioso en su intento de conformar un modelo político y económico original, aunque nunca estuvo explicitado con claridad, característica esencial de los populismos. Como en todos ellos, su discurso era profundamente sincrético e hibridizante, pues mezclaba o sintetizaba una variedad de fuentes de influencia intelectual.

Hugo Chávez también era anacrónico en un sentido más personal. Su trayectoria, autonarrativa y estética personal tienen mucho en común con la larga cadena de "militares patrióticos" que por décadas definieron el modelo del líder populista sudamericano, como Juan Domingo Perón, Omar Torrijos o Juan Velasco Alvarado. En este modelo, el oficial militar se ve obligado a irrumpir en la esfera política para rescatar a la patria amenazada por la "politiquería" y la sumisión a intereses externos. No es casual entonces que la presentación discursiva de Chávez y el movimiento que él encabezó fuera distinta de la de Evo Morales o los Kirchner. Para empezar, Chávez era adepto al uso de metáforas militares, hablaba de "nuestras tropas" o se refería a sus partisanos como "guerreros combatientes". Par expresar su fuerte rechazo, extrapolaba estas metáforas combativas a los partidos políticos institucionalizados, a los que consideraba entidades artificiales, constructos de la élite que solo podían dividir al pueblo al crear facciones en su interior. Su visión del socialismo del siglo XXI era más monádica, más movimientista y menos pluralista que la de los otros gobiernos, y el rol que él asignaba a las fuerzas armadas en la Revolución Bolivariana, mucho mayor.

#### EVO MORALES: EL PUEBLO EN PLURAL

Pocos líderes tienen una biografía tan compatible con la narrativa del *outsider* ajeno a la política, que carece de ambiciones personales pero se ve movilizado por un sentimiento de ultraje moral como Evo Morales: su historia de vida combina

<sup>62</sup> En 2001 Chávez utilizó por primera vez esta palabra para referirse a los líderes políticos opositores en su programa de TV. Más tarde, diría que "el escualidismo es la continuación del puntofijismo". Aquí puede verse un aspecto común al discurso de todos estos presidentes: la denuncia a la política tradicional con distintos rótulos.

hermosamente con la narrativa del *outsider* populista. Morales nació en 1959 en el altiplano boliviano, en el seno de una familia pobre y campesina de origen indígena. De adulto, Evo se transformó en un dirigente sindical cocalero, justo en la época en que los Estados Unidos insistían con las políticas de erradicación por la fuerza de las plantaciones de coca. En 2005 fue elegido presidente de Bolivia con el 54% de los votos. Cuando asumió en enero de 2006, fue la primera vez que una persona de origen indígena ocupaba ese cargo en un país en que más del 60% de los habitantes se reconocen como tales o como mestizos. Es notable, sin embargo, como Morales construyó una narrativa sobre su niñez de pobreza que rescata los aspectos positivos de su infancia (decía que de niño era "un zonzó contento") y enfatiza los aspectos morales de la experiencia indígena. El discurso es épico más que reivindicativo.

Como en todos los mitos populistas, también en el de Evo Morales se designa el doble adversario: el villano externo y el traidor interno. El villano externo es una combinación de "el imperio" y "el neoliberalismo", encarnados ambos sobre todo en la figura de los Estados Unidos.<sup>63</sup> Sin embargo, en una cadena connotativa, el imperialismo norteamericano se conecta también con el neoliberalismo, el Fondo Monetario Internacional (FMI) y las corporaciones financieras e hidrocarburiíferas internacionales.

Como es usual en los mitos populistas, el adversario interno está más vagamente definido. En los primeros años del gobierno de Morales, el principal antagonista era "el colonialismo interno" o "los resabios de esa gente que es enemiga de los pueblos indígenas". La principal formación de esos "resabios" era "el Estado colonial", es decir, el hecho de que las propias estructuras del Estado boliviano habían sido cons-

truidas con el objetivo específico de subyugar a los pueblos indígenas por parte de la minoría blanca. Por eso, el proyecto central del MAS en el poder (además de la nacionalización de los hidrocarburos) se expresó en la necesidad de cambiar las lógicas de funcionamiento del Estado boliviano para volverlo más accesible a las necesidades y demandas de los pueblos originarios.<sup>64</sup>

Una primera cuestión de interés es la manera en que el discurso de Evo Morales construye el héroe del mito populista: se trata de un héroe plural más que diádico. A diferencia de Hugo Chávez o Cristina Fernández, Evo Morales no habla de "el pueblo" sino de "los pueblos" originarios: ellos son los héroes de su mito, poseedores de una sabiduría moral obtenida durante siglos de resistencia activa a la opresión. Sin embargo, al mismo tiempo este héroe no se presenta como exclusivo en términos étnicos o de clase. La mayoría de sus discursos incluyen llamados a las clases medias, profesionales e incluso a las élites para unirse en el proyecto de liberación nacional ("los hermanos de la ciudad, los profesionales, la clase media, intelectuales, empresarios"). En este sentido, es notable el rol que tiene en la conformación del MAS la figura del vicepresidente Álvaro García Linera. Boliviano blanco, de formación marxista ortodoxa y profesor universitario, cumple de manera simbólica una doble función: poner en evidencia que segmentos de la población blanca de clase media se han integrado de hecho al MAS (que no es así una organización exclusivamente

64 La transformación del Estado boliviano lograda por el gobierno del MAS es notable. La incorporación a las estructuras estatales de jóvenes, mujeres y personas pertenecientes a las naciones indígenas será tal vez el legado más durable de este proceso. Como sostiene Soruco Sologuren (2015: 134), el MAS generó "una democratización en el acceso a la función pública materializada en una mayor presencia de mujeres, jóvenes e indígenas en 2013 respecto a 2001 en las instituciones estudiadas, y una significativa presencia de servidores públicos (nueve de cada diez) cuyos padres no fueron burocratas y tuvieron un rendimiento educativo muy inferior al de sus hijos".

63 En el discurso que pronunció en la ceremonia previa a su asunción de gobierno realizada en Tiwanaku, en 2006, Morales expresó:

"Necesitamos la fuerza del pueblo para doblar la mano del imperio".

indigenista), y al mismo tiempo, mostrar la imagen inédita en la historia boliviana de que una persona blanca y con mayor capital cultural y simbólico ocupa una posición secundaria ante un dirigente carismático de origen indígena.

El movimiento encabezado por Evo Morales es único en la región: su fusión de la retórica populista clásica con una idea de identidad indígena basada en un acervo moral, como muestra el uso oficial de los principios quechuas "*Ama qhilla, ama llulla, ama suwa*" ("No seas flojo, no seas mentiroso, no seas ladrón"). Mientras que el sincretismo del chavismo se expresaba en la mezcla de elementos del izquierdismo antiimperialista propio de los años sesenta con la figura de Bolívar, el cristianismo y la cercanía con los pueblos árabes, el sincretismo del MAS se manifiesta en la hibridación de elementos propios del socialismo ortodoxo (con frecuentes menciones a "la lucha que dejó el Che" y a la experiencia cubana) con otros de la teoría populista más actual, más una fuerte base en el acervo colectivo de la sabiduría de los pueblos indígenas y los héroes de la lucha contra el colonialismo español, como Tupac Katari y Bartolina Sisa. Se encuentra en el MAS boliviano una recuperación de la historia de sujeción de los pueblos indígenas, pero leída en una clave futurista y moderna, despreocupada por la autenticidad, que no busca recuperar una supuesta edad de oro.

Como Chávez, Morales reformó la Constitución nacional en su primer mandato. La nueva Constitución reconoció el carácter plurinacional del Estado; Morales nacionalizó la propiedad de todos los yacimientos de hidrocarburos y renegeció el precio de exportación del gas. Con un Estado que pudo entonces aprovechar los ingresos obtenidos durante el "boom de las *commodities*", el gobierno expandió el gasto social y reforzó las políticas distributivas, por lo que la pobreza y la desigualdad disminuyeron durante sus administraciones (Cepal, 2016).

Esto no significa, sin embargo, que no haya habido conflictos. Poco tiempo después de su ascunción como presidente,

las provincias del este boliviano encabezadas por Santa Cruz y Pando (donde residen las élites ligadas a la producción hidrocarburífera y sojera) realizaron un intento secesionista que incluyó enfrentamientos armados y un número no especificado de personas asesinadas. También se dieron tensiones con comunidades indígenas que se sienten amenazadas por el proyecto industrialista y modernizante del MAS. En 2016 el gobierno decidió llamar a un plebiscito para someter al voto popular la posibilidad de que Morales se presentara a un período presidencial más. Los resultados fueron negativos para las aspiraciones de Morales, cuyo partido intentó de todos modos la vía judicial para conseguir la posibilidad de una nueva postulación del presidente. A fines de 2018, el Tribunal Constitucional de Bolivia aceptó la legitimidad de su candidatura, y lo habilitó así a competir a pesar del rechazo del plebiscito. Morales, el único presidente populista de la camada original que sigue en el poder en 2019, se enfrentará a una elección con inédita incertidumbre.

#### EL POPULISMO NACIONAL Y POPULAR DE LOS KIRCHNER

En 2001 la Argentina atravesó una profunda crisis social y política que incluyó escándalos por corrupción del gobierno de Fernando de la Rúa, la renuncia del vicepresidente Carlos "Chacho" Álvarez, movilizaciones masivas y saqueos, la declaración del estado de sitio y, finalmente, la renuncia del presidente y una represión en la que al menos treinta y ocho personas fueron asesinadas. El país entró en *default*,<sup>65</sup> estaba excluido de los mercados internacionales de crédito, y los movimientos de desocupados organizaban continuamente pro-

65 La cesación de pagos fue sancionada durante el breve gobierno de Adolfo Rodríguez Saá.

testas y cortes de rutas. Este fue el contexto en el que Néstor Kirchner, gobernador de la provincia sureña de Santa Cruz, llegó al poder en una elección en la que el voto del peronismo se dividió entre tres candidatos: Carlos Menem, Adolfo Rodríguez Saá y el propio Néstor Kirchner. El patagónico quedó en realidad segundo; Menem, sin embargo, renunció a participar en la segunda ronda. Kirchner asumió así con una precaria legitimidad y un 22% de los votos.

Ya en la presidencia, Néstor Kirchner tomó una serie de medidas ambiciosas y desafiantes. Denunció públicamente a la Corte Suprema de Justicia de la Nación por colusión con el gobierno de Carlos Menem, pidió el juicio político contra varios de sus jueces y renovó su composición con nuevos miembros; pagó la totalidad de la deuda con el FMI a fin de quedar libre de las recomendaciones y condicionalidades de ese organismo; anunció que avanzaría de manera más decidida en los juicios contra los responsables de las violaciones a los derechos humanos cometidas durante la última dictadura; renegoció la deuda externa en default con los acreedores internacionales e incrementó la intervención estatal en la mayoría de los ámbitos económicos y sociales. A fines de su mandato, Kirchner sorprendió al anunciar que, pese a su alta popularidad no competiría en las elecciones sino que lo haría su esposa, Cristina Fernández, quien resultó elegida en 2007 con el 45% de los votos. Sin embargo, en 2008 el triunfante kirchnerismo detonó un conflicto político con los sectores agroganaderos que dividiría su período de gobierno en dos momentos bien diferenciados. Claramente pueden distinguirse dos etapas en la construcción de los adversarios discursivos del kirchnerismo: antes y después de la crisis del campo.

Desde 2003 hasta 2008 los Kirchner reservaron el antagonismo discursivo para adversarios impersonales y globales: el FMI, las organizaciones financieras multilaterales, los fondos de inversión llamados "fondos buitres", los economistas ortodoxos, los colocadores y tomadores de deuda externa del país. Durante este período los Kirchner se concentraron en

denunciar entidades abstractas, vinculadas con el mundo de la economía más que con el de la política, y sobre todo extranjeras. El "villano interno" era descrito como el conjunto de aquellos relacionados con la tecnocracia y las finanzas: sobre todo los tecnócratas "nostálgicos de los noventa". En este primer período, y en la salida de la crisis de 2001 el "pegar hacia arriba y hacia afuera" fue una estrategia muy efectiva para solidificar apoyos transversales.

Sin embargo, esta estrategia del discurso fue cada vez más difícil de sostener una vez que la situación económica y social comenzó a estabilizarse. Además, y paradójicamente, la propia estrategia de "desconexión" de la Argentina de los organismos multilaterales de crédito (pago de deudas al FMI, rechazo al proyecto Área de Libre Comercio de las Américas [ALCA]) hizo que esos adversarios externos pasaran a verse cada vez más lejanos y con menos injerencia en la realidad interna del país. La normalización de la economía y de la política motivó que actores sociales que estaban dispuestos a suspender sus demandas mientras la crisis fuera evidente enarbolaron sus reclamos sectoriales cuando las turbulencias quedaron atrás.

El quiebre en esta dinámica se dio con la llamada "crisis del campo" de 2008. A diferencia de los años anteriores, en su conflicto con los productores agrícola-ganaderos y las empresas exportadoras de soja el kirchnerismo se vio compelido a pegar "hacia arriba y hacia adentro", es decir, hacia un sector de la sociedad que contaba con legitimidad social propia. El kirchnerismo perdió ese conflicto y nunca pudo recuperarse del todo, ni siquiera con su victoria presidencial en 2011.

El año 2008 marcó el inicio de un escenario político signado por un antagonismo mucho más fuerte, que se mantendría durante todo el ciclo político hasta 2015. El discurso de Cristina Fernández (que, como el de Néstor Kirchner, era solo moderadamente populista antes de 2008 y enfatizaba la idea de "volver a un país normal" y la "sintonía fina") fue asumiendo características más antagonistas y adversativas. En

2008 la frontera antagonista dejó de separar a "los argentinos" de "el neoliberalismo" y se reubicó entre un nosotros –que pasó de denotar una supuesta unidad nacional a ser "los kirchneristas" o "el campo nacional y popular"– y otro sector de la sociedad argentina, "el campo". Esta frontera permanecería allí, con algunos movimientos pero inmutable en su estructura, hasta 2015.

El 27 de octubre de 2010 Néstor Kirchner murió repentinamente, a causa de un ataque cardíaco. Su muerte generó masivas manifestaciones populares de pesar. Con el empujón de apoyo que significó esa movilización y una economía que había retomado el crecimiento luego de la crisis de 2009, Cristina Fernández ganó en 2011 con el 54% de los votos. En su segundo período en el gobierno, pudo realizar varias reformas de peso, como nacionalizar YPF (Yacimientos Petrolíferos Fiscales), la principal compañía del país. Sin embargo, la popularidad de la presidenta se erosionó de manera progresiva; los principales medios del país eran opositores, se enemistó con varios de los sindicalistas más poderosos, en 2012 se dieron masivos cacerolazos en contra del gobierno, la inflación nunca llegó a controlarse y el gobierno implementó controles y restricciones a la compra de dólares. Electoralmente, fue perdiendo caudal desde 2013 en adelante, hasta culminar en la derrota de 2015.

Retrospectivamente puede decirse que el matrimonio Kirchner tuvo un posicionamiento más bien moderado dentro del mapa del populismo sudamericano de principios de siglo. A diferencia de Chávez, Morales y Correa, no reformaron la Constitución y ni siquiera presentaron un proyecto de ley o llamaron a un plebiscito a tal fin; tampoco pudieron (o quisieron) realizar reformas extensas en el sistema de partidos ni rompieron con el peronismo, aunque siempre lo tensionaron desde adentro. Las reformas de políticas públicas y las (relativamente escasas) nacionalizaciones de empresas se canalizaron en el Congreso antes que ejecutarse vía decreto. Su autonomía era menor. A diferencia de Venezuela, Bolivia o Ecuador, los Kirchner asumieron con el apoyo de un partido

preexistente fuerte y en un país con sindicatos y grupos de presión poderosos, que funcionaron a veces como apoyo y en otros momentos como condicionantes.

#### EL "NOSOTROS" KIRCHNERISTA

Aunque los Kirchner siempre mostraron cierta incomodidad con la identidad peronista, su liderazgo político solo puede ser comprendido dentro de esa matriz partidaria. La ambivalencia de los Kirchner hacia el peronismo "pejotista" evoca una marca de su inicio en la política: la militancia juvenil en el peronismo de izquierda. Los militantes que ingresaron de forma masiva en las organizaciones juveniles peronistas vivieron dos momentos de gran desencanto: en los años setenta, cuando fueron rechazados por los sindicatos y al final por el propio Perón; y en los años noventa, cuando Carlos Menem puso el peronismo al servicio de un programa de gobierno favorecido por los sectores históricamente más antiperonistas. En 1990, un grupo notable de peronistas coetáneos de los Kirchner renunció al partido en protesta por los indultos otorgados por Carlos Menem en 1989 a represores –uno de los que se fueron, Carlos "Chacho" Álvarez, fundó el Frente País Solidario (Frepasso) y llegó a la vicepresidencia de la nación–. Néstor y Cristina Kirchner eligieron permanecer dentro de la estructura del Partido Justicialista (PJ), parapetados en la lejana provincia de Santa Cruz, pero su malestar con el "pejotismo" venía de larga data. Una vez en el poder, los Kirchner eligieron constituirse en líderes de un "movimiento nacional y popular" que tuviera su "columna vertebral" en el PJ, pero que también incluyó a otros partidos progresistas, movimientos sociales, organizaciones juveniles y trabajadores de la cultura. Esta convivencia no siempre fue fácil.

El programa de gobierno kirchnerista nunca estuvo taxativamente explicitado (como nunca lo están los programas de

los populismos), pero pueden señalarse dos principios: la idea del "modelo de crecimiento económico con inclusión social" como eje orientativo de las políticas de gobierno y la reasunción de la tradición de la lucha antiautoritaria de los organismos de derechos humanos, sobre todo de Madres y Abuelas de Plaza de Mayo. Néstor Kirchner dijo en 2003: "Somos los hijos de las Madres de Plaza de Mayo", y Cristina Fernández hizo de su relación privilegiada con las Abuelas y Madres de Plaza de Mayo un puntal de su imagen de gobierno.

Como en todo populismo, este enraizamiento en una tradición es performativo y retrospectivo: poco importa discutir si los Kirchner "sentían" o no este compromiso con la historia de los derechos humanos antes de llegar al gobierno; lo importante para nuestros fines es que estos temas tuvieron una presencia consistente en su discurso durante sus mandatos.

La reivindicación del carácter central y hasta épico del Estado en el cambio social es otro elemento que diferenció al kirchnerismo del chavismo y del MAS. Tan central era este concepto que podría decirse que, en el caso de la Argentina, el héroe del mito populista era sin duda un héroe *estatal*. Esto no es una novedad tratándose del peronismo, un movimiento creado desde el Estado y que siempre reivindicó la posibilidad del carácter transformador de lo estatal. A diferencia del MAS boliviano, que por bastante tiempo miró al Estado históricamente colonial de Bolivia con ambivalencia, los Kirchner presentaban una visión heroica en la cual el Estado era la única institución que podía, a la vez, luchar contra las corporaciones económicas y ubicarse por encima del faccionalismo, representando a la sociedad entera. El esfuerzo épico que no se encarnaba en la sociedad autónoma o en los movimientos sociales, sino en las reparadas y fortalecidas burocracias estatales. Así, tanto los discursos de Cristina Fernández como los de Néstor Kirchner fueron más particularizantes y más institucionalistas que los de Evo Morales o Hugo Chávez. Ambos gustaban de citar de manera constante números y estadísticas: kilómetros de asfalto, cantidad

de científicos repatriados, de casas y escuelas construidas, de equipos de aire acondicionado vendidos o de personas que accedían a la jubilación.

El discurso de los Kirchner fue más estatista y burocratizante casi el final de su gobierno (de hecho, algunos analistas no los consideran populistas) (Dagatti, 2012: 56). En síntesis: los Kirchner construyeron en su discurso un populismo en que el antagonismo estaba moderado por una visión procedimentalista y hasta reformista de la acción estatal.<sup>66</sup> La idea central del kirchnerismo fue exhibir un progreso demostrado en el listado minucioso de cifras más que en grandes transformaciones sistémicas. Los Kirchner tenían, por cierto, un discurso adversativo, pero las *soluciones* que proponían a los problemas tenían una fuerte dimensión institucionalista, parlamentaria y hasta tecnocrática.<sup>67</sup> Sin embargo, el equilibrio entre la dimensión *populista* y la dimensión *gubernamental* del discurso kirchnerista fue cada vez más difícil de mantener con el transcurso de los años, el desgaste del gobierno y la multiplicación de conflictos con actores que ya no estaban afuera sino adentro de la comunidad política.

66 Por ejemplo, si bien el adversario privilegiado de los últimos años de gobierno fueron los medios de comunicación, la solución para este antagonismo fue la sanción institucional en 2009 de una ley de medios audiovisuales que, finalmente, no tuvo casi impacto en la conformación mediática nacional.

67 El kirchnerismo favoreció dos tipos de respuestas a los conflictos sociales y políticos: primero, enviar proyectos legislativos al Congreso; el hecho de que durante buena parte de su gobierno contara con mayorías legislativas volvía racional esta estrategia. Sin embargo, siempre aceptó la dinámica legislativa, aun con derrotas, como sucedió con el conflicto de la Resolución 125 o cuando el Congreso no votó una ley de presupuesto en 2010. El segundo tipo de respuesta fue crear programas estatales *ad hoc*, como la Asignación Universal por Hijo, o el Fondo de Incentivo Docente para destrabar las paritarias nacionales de la profesión docente.

### FERNANDO LUGO: EL POPULISMO QUE NO FUE

La elección de Fernando Lugo como presidente de Paraguay en 2008 representó el punto más alto de la "ola populista" de la región y, al mismo tiempo, el inicio de su fin. Este comenzó con su destitución en 2012 mediante un juicio político de dudosa legalidad. La presidencia de Fernando Lugo se incluyó en la mayoría de los análisis de la ola de los "populismos democráticos de izquierda" sudamericanos. Sin embargo, su discurso tenía poco de populista.

El trabajo sacerdotal de Lugo con las comunidades campesinas lo transformó en una figura popular entre los más pobres. Decidió competir por la presidencia en una alianza con el Partido Liberal Radical Auténtico, el segundo más importante del país y el histórico contrincante del Partido Colorado. Lugo fue elegido con una plataforma que prometía promover la reforma agraria, distribuir una parte de la riqueza generada por la exportación de soja y negociar mejores precios con Brasil por la electricidad producida en la represa binacional de Itaipú; sin embargo, no logró casi ninguno de estos objetivos. Su coalición con el Partido Liberal se agrietó progresivamente, hasta que en 2012 fue destituido por el Congreso paraguayo acusado de haber sido incapaz (o tal vez cómplice) de prevenir el asesinato de varios campesinos sin tierra a manos de la policía en una protesta.<sup>68</sup>

Es cierto que Fernando Lugo llegó al poder como un popular *outsider* carismático a la cabeza de un movimiento integrado por algunos de los sectores más pobres y excluidos de la población, movilizados detrás de una promesa de reconoci-

68. Si bien el procedimiento del *impeachment* presidencial está contemplado en la Constitución paraguaya, el proceso seguido estuvo plagado de irregularidades: Lugo solo tuvo veinticuatro horas para preparar su defensa, por ejemplo. El entonces presidente protestó de manera ferviente, pero no llamó a movilizarse contra el pedido de juicio político. Por último, y con la aquiescencia de su propio vicepresidente, fue destituido. Lugo fue elegido senador en 2013 y reelecto en 2018.

miento, redención y redistribución. Sin embargo, su discurso y su práctica política tuvieron diferencias claves con los de los demás presidentes populistas sudamericanos. Estas diferencias pueden explicar, al menos de manera parcial, el diferente destino de sus gobiernos. Nos interesa presentar este caso como un ejemplo por la negativa, para demostrar que la radicalidad en el discurso populista *no fue un impedimento para la resiliencia del gobierno; más bien, a juzgar por el caso de Lugo, la moderación parece haber sido la estrategia fallida.*

Para decirlo de forma sintética, el discurso de Fernando Lugo fue el más moderado e institucionalista de los aquí relevados, a tal punto que resulta aventurado llamarlo "populista". Lugo no individualizaba al adversario de manera personalizada, no definía un "nosotros" con un lenguaje moralista y, lo más importante, no caracterizaba su proyecto en términos épicos y colectivos de reparación y redención histórica, sino que utilizaba marcos mucho más similares a los del liberalismo de centroizquierda moderado. En su discurso inaugural, el 14 de agosto de 2008, Lugo utilizó la palabra "pueblo" una sola vez para hablar de Paraguay. Mencionó a los "señores feudales" como los culpables de los problemas del país, pero aclaró:

Por lo tanto no se trata de un proceso que tiene vencedores ni vencidos ni propietarios exclusivos. Este cambio es la oportunidad que tenemos unos y otros en nuestra querida nación para asumir la copropiedad del proceso que no requiere otra cosa que intención de producir aportes desde la gestión que ejerciéramos para sostenerlo, lo cual es la propia cancelación de la interminable transición y nuestra incorporación plena al universo de democracias consolidadas del mundo.<sup>69</sup>

Se puede argumentar que mostrarse moderado e incluso con el adversario derrotado es una característica de todos los discursos inaugurales. Pero tanto Morales como los Kirchner

utilizaron esas alocuciones para delimitar el "nosotros" y el "ellos" con cierto detalle y fuego épico. Evo Morales explicó minuciosamente la historia de los pueblos indígenas de Bolivia y la manera en que su redención histórica traería un cambio en el capitalismo global. Néstor Kirchner, si bien anunció su proyecto de conseguir "un país normal", también advirtió que no dejaría "sus convicciones en la puerta de la Casa Rosada". Las metas de Lugo fueron mucho más modestas. Habló de "progreso", de buena administración pública y "gestión" y de sus intenciones de "producir aportes". Casi no utilizó la retórica antagonista, sino que, en una frase muy reveladora, recalcó la necesidad de hacer "ingeniería colectiva" para asegurar el futuro de Paraguay.

Aunque Lugo mencionaba a "los señores feudales" que oprimían a los pobres de su país, en la mayoría de sus discursos enfatizaba tres temas no relacionados con una mayor distribución económica: la lucha anticorrupción, la transparencia gubernamental y la austeridad del gobierno. Si bien es cierto que denunciar la corrupción es tema habitual de los populismos, también lo es que, en ausencia de una fuerte retórica antiélite, estos conceptos están más cercanos al lenguaje de la tercera vía o la centroizquierda moderada de los años noventa. Lugo presentaba al presidente como un reformador del Estado alrededor de temas de "buena gobernanza" más que como un luchador incesante contra adversarios externos e internos.

Antes que presentarse como una figura con ribetes épicos, Fernando Lugo aparecía como un líder que intentaba borrar-se a sí mismo, con frecuentes menciones a los valores eclesiales de la humildad y la caridad. En uno de sus discursos ante la ONU, Lugo construyó su propia genealogía intelectual y política, algo que, como se vio antes, hizo cada uno de los líderes sudamericanos. Así, mencionó tres personas que cambiaron el mundo: Gandhi, Martin Luther King y Jesucristo. Ninguno de esos líderes era sudamericano, ninguno de ellos fue cabeza de un Estado, los tres presentaron una figura de gran autolimita-

ción en su relación con el poder y los tres fueron, en sentido último, asesinados por adversarios más poderosos.

Tal vez la diferencia más clara sea la ausencia en el discurso de Lugo de llamados a la movilización social de las bases de su movimiento. Como vimos en los apartados anteriores, la idea de que el líder es una figura siempre amenazada por poderosos y malvados adversarios es una construcción central y una referencia constante para todos los demás presidentes populistas sudamericanos, así como los llamados al pueblo para movilizarse en su apoyo, de ser necesario. Esta construcción retórica no solo es un elemento discursivo central, sino que la movilización popular fue efectivamente utilizada y resultó central para atravesar crisis de gobierno. En Venezuela, Bolivia y la Argentina hubo amenazas serias y concretas a la estabilidad de los gobiernos populistas y en todos los casos la movilización popular física, en las calles, de manera inmediata fue la clave para mantenerse en el poder. Pero esto no sucedió en Paraguay.

De hecho, el juicio político fue la instancia en que la diferencia entre Lugo y el resto de los presidentes populistas sudamericanos resultó más clara. El discurso de Lugo contrasta con las respuestas del chavismo, de Morales, de los Kirchner y de Correa ante sus crisis hasta en los criterios escenográficos. En todos los otros casos, los presidentes sudamericanos eligieron puestas en escena que enfatizaban dos elementos centrales: la unidad del líder y del pueblo, y la urgencia de la amenaza personal contra el propio cuerpo del líder. El chavismo llamó a sus seguidores a no retirarse de las plazas públicas en el momento del golpe de Estado de 2002; la respuesta de Cristina Fernández a los cacerolazos y los cortes de ruta del campo en el 2008 fue organizar masivas movilizaciones y decir: "Respeten al pueblo argentino".<sup>69</sup> Sin embargo, Lugo leyó su discurso tele-

<sup>69</sup> Rafael Correa se asomó por la ventana del hospital donde estaba detenido y dijo: "Aquí estoy, mátenme" para subrayar el peligro que corría cuando fue secuestrado por un grupo de policías en una protesta.

visado, rodeado por los edecanes de las Fuerzas Armadas, con aire institucional y sin llamar en ningún momento a la movilización. Aceptó la legalidad (si no la legitimidad) de los procedimientos, prometió acatar el resultado del juicio político y anunció que, de tener que irse, lo haría "por la puerta grande".

En síntesis, la moderación discursiva y el énfasis tecnocrático de Lugo lo definen como el menos populista de los populistas sudamericanos; sin embargo, esta moderación no dio por resultado un gobierno con capacidad para sobrevivir a las amenazas políticas, sino uno que nunca pudo movilizar a sus seguidores. Por el contrario, la mayor radicalidad discursiva de los demás presidentes logró mantener a sus bases movilizadas y atentas frente a los adversarios designados. Es usual recomendar moderación a los populistas; el problema es por qué ellos la adoptarían toda vez que la radicalización funciona. El antagonismo político, encarnado en un discurso mítico, narrativo y emocional, resultó clave como estrategia política de supervivencia.

#### LOS PRESIDENTES SUDAMERICANOS:

##### ¿RADICALES O RACIONALES?

La razón del uso del mito populista puede encontrarse en dos aspectos: identidad y movilización. Al llegar al poder sin partidos organizados que los apoyaran y en contextos de fuertes crisis, la mayoría de estos líderes no tenía a su disposición identidades programáticas de largo cuño en las cuales apoyarse para generar solidaridades colectivas. El mito populista fue una manera efectiva de construir una identidad a partir de la indignación común frente a un daño.

Por otra parte, este tipo de discurso resulta clave para que quienes se sienten interpelados por él comprendan la necesidad de estar disponibles para movilizarse de inmediato, un capital fundamental para la supervivencia de estos presidentes. En los casos exitosos, el mito populista describe las ame-

nazas como peligros que acechan a la persona *física* del líder. En esta historia, el líder político se considera un redentor que debe acompañar al pueblo en una lucha con características épicas contra un villano externo que da las órdenes a un traidor interno. El líder se presenta así como la única voz que cuenta con la suficiente autoridad performativa para designar a cada momento quién está de un lado o del otro de la frontera móvil que divide al pueblo del antipueblo.

Esto no significa, sin embargo, que estas narrativas sean pura ficción o una fantasía destinada a engañar a un populacho crédulo. Estos relatos ganan adeptos porque explican y le dan significado a situaciones de injusticia y opresión que son sentidas; designan con claridad a grupos sociales concretos como responsables de esa opresión y generan horizontes igualmente concretos de conductas políticas que repararán (en teoría) el daño. Dirigida de manera directa hacia el líder y el movimiento, la lealtad no es abstracta sino personal, y puede movilizarse en la esfera pública.

No es casual que estos liderazgos populistas hayan llegado al poder en contextos de crisis sociales y económicas, y cuando los partidos establecidos estaban en crisis o parecían exhaustos en su capacidad de resolver problemas. Los mitos populistas se vuelven más atractivos en situaciones en que las personas sienten frustración y enojo ante el cambio y el deterioro de las condiciones sociales causado por factores que muchas veces no alcanzan a comprender. El mito populista canaliza ese enojo en una narración que explica quién es el culpable en términos concretos y personales, sin dar cuenta de los procesos abstractos e impersonales que definen la política tecnocrática. Esta narrativa es simple y personalizada: cuenta las tribulaciones de un héroe y mapa el derrotero que lo llevará a una segura victoria frente a un villano malvado. Así, el mito populista destila procesos sociales complejos en un relato que pone un nombre propio a los responsables del dolor que sienten grupos concretos. El proceso de nombrar a los responsables genera una tremenda lealtad y energía.

Cuadro 3.1.

Villano externo	Evo Morales	Néstor Kirchner / Cristina Fernández	Hugo Chávez	Fernando Lugo
Traidor interno	Imperialismo norteamericano + neoliberalismo	Neoliberalismo + finanzas internacionales	Imperialismo norteamericano + neoliberalismo + Israel	Capitalismo
El héroe	Colonialismo interno	Los representantes de los jóvenes / campo / medios de comunicación / fondos buitres y sus aliados	Oligarquía venezolana + partidos tradicionales + medios de comunicación	Señores feudales + corrupción + narcotraficantes
El resistentor	Pueblos originarios	"Movimiento nacional y popular" / los jóvenes	Los pueblos del mundo	El pueblo paraguayo
	Un líder social, un indígena	Patagónicos / "pingüinos" / generación del setenta	Militar patriótico	Sacerdote y maestro

Podría graficarse el grado de radicalismo de cada uno de estos discursos mediante dos variables: la primera, si la culpa del "daño" infligido al pueblo recae sobre personas con nombre y apellido o sobre factores impersonales y procesos históricos ("Carlos Danger" versus "el FMI y los fondos buitres", por ejemplo), mientras que la segunda tiene que ver con el carácter menos o más tecnocrático e institucionalista de las soluciones propuestas (por ejemplo, postular la necesidad de nacionalizar empresas sería más populista que crear un programa estatal *ad hoc* para resolver un problema sin alterar el marco legal vigente). Sería posible establecer una especie de continuum de "grados de populismo" o de radicalización en el discurso de estos presidentes.

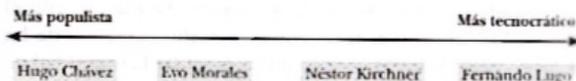
Hugo Chávez personalizaba fuertemente el antagonismo; al mismo tiempo, escribió una nueva Constitución que intentaba preservar una especie de "reformismo permanente", legisló mecanismos de democracia directa e incurrió en abundantes nacionalizaciones empresarias.

Evo Morales también reformó la Constitución y nacionalizó la propiedad de los hidrocarburos; asimismo, intentó forzar su permanencia en el poder mediante un plebiscito, primero, y una interpretación judicial, luego; sin embargo, a diferencia de Chávez, no implementó una agenda de nacionalización más extendida y su discurso varió con el tiempo a un mayor estatismo.

Ni Néstor Kirchner ni Cristina Fernández intentaron reformar la Constitución, tampoco modificaron de manera profunda el marco legal o de propiedad vigente, y si bien el discurso mutó hacia un enfrentamiento con los empresarios y se nacionalizaron varias empresas importantes, en otras áreas (por ejemplo, los medios de comunicación) las reformas fueron muy modestas y fácilmente reversibles. Una diferencia clave fue que, frente al fin del período constitucional, el kirchnerismo no trató de forzar una interpretación para mantenerse en el poder, a diferencia de Hugo Chávez y Evo Morales.

Como dijimos, el gobierno de Fernando Lugo constituyó un caso tan extremo que bien podría caracterizarse como no populista.

Cuadro 3.2.



Gran parte del periodismo y los analistas políticos cuestionaron en términos muy duros los populismos sudamericanos por no ser parte de una centroizquierda moderada y tecnocrática; sin embargo, la estrategia de radicalizar el discurso a fin de tener un público leal y siempre movilizad no era simplemente un capricho ni la consecuencia de factores psicológicos o patologías de la personalidad de estos presidentes, sino una estrategia racional. No queda claro que este camino hubiera sido más efectivo para asegurar la viabilidad política de un gobierno. Antes bien, Hugo Chávez, el más radicalizado de todos los presidentes sudamericanos, logró sostenerse en el poder y asegurar su sucesión, mientras que Fernando Lugo, el más moderado, no pudo superar una amenaza real a su supervivencia política.<sup>70</sup>

Sin embargo, es importante señalar que todos estos gobiernos tenían una orientación común: el "pegar hacia arriba" que ya se ha señalado como una característica de los populismos de izquierda. Sus adversarios eran parte de la élite económica, financiera, terrateniente, propietaria de los medios de comunicación. Esto les permitió construir apoyo popular para las medidas que impusieron mayores impuestos a esas

clases para redistribuir entre grupos desfavorecidos. Por el contrario, y a diferencia de los populismos europeos y estadounidenses, no se designaron adversarios "hacia abajo": no se construyó un otro centrado en los inmigrantes, o los extranjeros, o las minorías de identidad sexual.

Es común señalar que los populismos y su impulso democrático de representar al pueblo, es decir, a la parte que se reivindica como totalidad, entran muy a menudo en conflicto con las dimensiones liberales del régimen político, que tienen que ver con la protección de las minorías y de las reglas procedimentales (Casullo, 2014). Aunque cierta, esta descripción puede ser simplista. Estos populismos sudamericanos eligieron tensionar ciertos aspectos clásicos de la teoría liberal (por ejemplo, la libertad de los dueños de los grandes grupos de medios, o el derecho a la propiedad privada sin más) bajo la justificación discursiva de la necesidad de ampliar o fortalecer los derechos de otras minorías, como los de los grupos LGTBI (en el caso argentino, por ejemplo, el kirchnerismo sancionó las leyes de matrimonio igualitario e identidad de género para personas trans) o la inclusión de los pueblos indígenas (en el caso boliviano, se dio estatus constitucional a ciertos principios jurídicos y organizativos consuetudinarios de las comunidades originarias).

De manera más llamativa aún, ninguno de estos gobiernos eligió construir un clivaje antagonista basado en el rechazo a los inmigrantes; por el contrario, durante estos años la región avanzó en varios programas para facilitar el reconocimiento recíproco de los derechos de ciudadanos de otros países latinoamericanos.<sup>71</sup> En la mayoría de los casos, se privilegió tensionar los antagonismos con las élites financieras, propietarias y culturales nacionales. La historia dirá cuál es el impacto

70 Como tampoco pudo hacerlo Dilma Rousseff, presidenta del mucho más moderado e institucional PT brasileño, frente al juicio político abierto en su contra.

71 En la Argentina se sancionó en 2010 la ley llamada "Patria Grande" que garantizó derechos de trabajo legal, uso de servicios de salud y educación y jubilación a varios millones de inmigrantes.

final de estos gobiernos populistas de izquierda, y con certeza será más amable con algunos que con otros. Quedan pocas dudas, por ejemplo, de que las promesas democratizadoras de los primeros años del chavismo fueron efectivamente canceladas con su franca deriva autoritaria desde 2013.

Que el mito populista y la apuesta por su radicalización discursiva hayan sido efectivos se debe a tres razones. Primero, la alta heterogeneidad de las sociedades latinoamericanas, en que la multiplicidad de las identidades étnicas, regionales, de clase, de género, de preferencias sexuales vuelve casi imposible la conformación de partidos basados en un único principio identitario como la clase o la etnia.<sup>72</sup> La segunda razón tiene que ver con el hecho de que la mayoría de estos gobiernos llegaron al poder en momentos de crisis y en el contexto de la virtual implosión de los sistemas de partidos. A esto debe sumarse el tercer factor, que fue la existencia de crisis que amenazaron la gobernabilidad en los primeros años o incluso meses de cada uno de estos gobiernos. Bajo este contexto, la mejor apuesta de gobernabilidad era quizás apelar directamente a la sociedad para generar un sentido de lealtad hacia ellos por fuera de los canales partidarios institucionalizados.

Por supuesto, el rendimiento de esta estrategia decayó con el paso del tiempo y con el desgaste de la gestión de gobierno. La administración del día a día, la rutina burocrática y particularizante de las demandas<sup>73</sup> que conlleva la gestión estatal cotidiana entran en contradicción con el espíritu épico encarnado en el mito. Sobre todo, esta estrategia tuvo un talón de Aquiles que resultó la mayor debilidad de este modelo de construcción política: la imposibilidad de resolver

la sucesión presidencial de una manera satisfactoria. Como ya se dijo, el líder es la única figura con la autoridad performativa suficiente para ser fuente autorizada del mito populista, y al mismo tiempo es el protagonista del relato y el redentor del pueblo. Estos roles resultan intransferibles.

Chávez pudo imponer a Maduro como sucesor, pero Maduro no logró recomponer la autoridad carismática del líder fallecido y optó por un modo de dominación abiertamente autoritario; el peronismo perdió la elección de 2015 con un candidato que no era del riñón del kirchnerismo (aunque tampoco había ninguna garantía de que un candidato kirchnerista hubiera ganado); Evo Morales decidió forzar su propia permanencia. Si la trayectoria de los gobiernos populistas es una indicación, la fusión entre el hablante y lo relatado es simplemente demasiado fuerte para ser transferida hacia otra persona o hacia un partido u organización.

La fuerza política del mito populista nace de la verosimilitud de la narración del daño que el villano elegido (supuestamente) ha infligido al pueblo. Pero cuanto más se prolongue el gobierno, más lejano queda ese daño, y más inverosímil resulta presentar a un villano todopoderoso, inalcanzable por la acción gubernamental. Paradójicamente, cuanto más se fortalezca el gobierno, menos creíble resulta la idea de que existe un "otro" poderoso, con capacidad para obstaculizar la acción de quien ocupa el Estado, y más sencillo plantear que el villano es el propio gobierno.

72 Véase, por ejemplo, el análisis de Raúl Madrid para la estrategia "etnopopulista" del MAS boliviano, en oposición a otros modelos de partido étnicamente exclusivo (Madrid, 2008).

73 La "acción particularizante" alude al proceso de acción de abrir "ventanillas del Estado" para atender demandas de manera puntual. Esto las resuelve pero las particulariza: dejan de ser "populares" para volverse privadas.